

INTERPRETACION DE LAS LUCHAS POLITICAS DE HISPANO - AMERICA

I

Refiriéndose al problema de las relaciones entre España y las naciones hispano-americanas, ha dicho Ganivet con gran acierto: «En vez de hablar de fraternidad y tratarnos como extranjeros, debemos callar y tratarnos como hermanos» (1).

El tratarse como hermanos es, sin embargo, más difícil de lo que parece a primera vista. Exige, como requisito primordial, el mutuo conocimiento. Españoles y americanos hemos girado por más de un siglo en órbitas distintas. España, empeñada en un absurdo proceso de europeización; no queriendo entender que ese camino la conducía a la pérdida de su genio y de su personalidad. Hispano-América, tratando de defenderse de todos y cada uno de los imperialismos, que la habían escogido como un magnífico lugar de cita. Y ambos, americanos y españoles, demasiado preocupados con nuestros problemas locales para dedicar un rato a conocernos mutuamente.

Hispano-América ha representado para casi todos los españoles, y en general, para los europeos, un mero signo. Signo de admiración, unas veces. Otras, signo de interrogación. De manera especial, la vitalidad excesiva de nuestras luchas políticas ha sido siempre un complicado rompecabezas para los historiadores de España y de todo el mun-

(1) *Idearium español*, pág. 123. Madrid, 1944.

do. En realidad, hemos dado la impresión de ser un pueblo que solucionaba sus querellas no por medio de la pluma, el debate parlamentario o el comicio electoral, sino a los golpes de machete del *peón* o de la lanza del *llanero*.

A fuerza de encontrarse en las páginas de nuestra historia con la narración continua de levantamientos, motines, golpes de Estado, etc., los pocos que seguían con interés nuestro desenvolvimiento nacional renunciaron a la tarea de conocernos y de comprendernos. Y surgieron entonces falaces generalizaciones. América Hispana. Colección de países atrasados. Cien millones de habitantes con vocación de salteadores del Poder público. El caos político. Las tierras donde fijaron su domicilio permanente el paludismo, los terremotos y las revoluciones...

Hispano-América vino a ser la personificación de la inestabilidad en todos sus órdenes. Los periódicos del resto del mundo civilizado nos ridiculizaron sin piedad. Investigadores de la ciencia política nos señalaron como el ejemplo más típico de naciones incapaces de gobernarse por sí mismas. Y salieron a relucir flamantes explicaciones de nuestra molesta y crónica turbulencia.

El historiador francés Seignobos, por ejemplo, afirma con doctoral suficiencia: «La población (hispanoamericana), apartada de la vida pública, no ha tenido ninguna experiencia política; los indígenas están habituados a obedecer al clero y a los propietarios; los criollos mismos no tienen otras ideas políticas que las que han aprendido en los libros o en Europa; todo su bagaje se reduce a frases o a formas. La guerra interior es hecha por una multitud de jefes que la paz deja sin ocupación, muy orgullosos de su papel y muy ambiciosos. Las dos condiciones, población ignorante y jefes de guerra desocupados y ambiciosos, han dominado toda la vida pública de los nuevos Estados» (2).

En otras palabras, para Seignobos, así como para otros historiadores, nuestra vida política se reduce a una lucha entre dos facciones de malhechores, cuyo único objetivo es

(2) Citado por García Calderón, *Le Pérou Contemporain*, pág. 81.

la conquista del Poder, para poder así explotar a sus anchas al resto de la comunidad.

Nada más falso que este concepto simplista de nuestra vida pública. El enorme progreso material, intelectual y moral alcanzado por las naciones hispanoamericanas hace inverosímil la posibilidad de que todos sus gobernantes hayan pertenecido a esa ralea de facinerosos. Por otra parte, es muy difícil de concebir que millares de seres humanos se lancen a la muerte con el único fin de satisfacer las ambiciones personales de sus caciques y jefes de guerra.

En la historia de Hispano-América se puede leer los nombres de muchos caudillos y jefes de Estado que fueron seguidos por la multitud con devoción y genuino desinterés. No parece posible esa íntima identificación del pueblo con el jefe si no participasen ambos de los mismos ideales y aspiraciones. La ambición que les servía de acicate es una característica común a todas las personalidades vigorosas. Un examen serio e imparcial de sus actuaciones obliga a reconocer que muchos de los dirigentes hispano-americanos buscaron lo mejor para sus respectivos pueblos. Aunque a veces hayan confundido —lamentablemente— el bien de la Patria con el bien del partido o de la agrupación política.

Hay un poco más de verdad en la primera parte de la argumentación de Seignobos: la falta de experiencia política de nuestra población. El no saber diferenciar entre la libertad y el libertinaje; el no poder entender que el fundamento real de la libertad de un pueblo se encuentra —precisamente— en ciertas restricciones a esa misma libertad. Para Seignobos, esa inexperiencia política ha sido la causa de la sucesión interminable de revoluciones y contra-revoluciones que han ensangrentado nuestra historia. Se ha pasado de la tiranía a un régimen de libertad, que degenera muy pronto en anarquía; y de esta anarquía, el Estado sólo puede salvarse con un retorno a la tiranía. Y así sucesivamente. Lo que viene a significar que el estado normal de nuestros pueblos es el cambio constante, el «devenir» político.

Es indudable que a medida que nuestros países vayan

adquiriendo mayor experiencia en los asuntos públicos, irán disminuyendo de intensidad esos trastornos de los sistemas gubernamentales. Pero no creo que pueda considerarse la simple inexperiencia política como la causa principal de la inestabilidad de Hispano-América.

En efecto, casi todas las naciones hispano-americanas se emanciparon de España, más o menos, en la misma época, en la tercera década del siglo XIX. Teniendo todas una misma edad política, cabría suponer que gozan igualmente todas de un mismo grado de estabilidad en su vida pública. Nada es, sin embargo, más contrario a la realidad. Aún más, casi se podría retorcér el argumento y pretender probar exactamente lo contrario. Basta observar que aquellos países como México, Ecuador y Perú, que fueron el principal asiento de las autoridades españolas y en los que debe suponerse por ello un mayor desenvolvimiento de sus facultades políticas, son, precisamente, los que presentan en su vida independiente la historia más agitada y tormentosa.

Es necesario buscar, pues, otras causas para explicar las continuas e interminables querellas políticas de ese grupo de naciones allende el Atlántico, que son algo más que un mero «revoltillo de españoles, portugueses, indios, negros y loros».

Las discordias y rivalidades que han agitado al mundo desde los primeros años de este siglo, en especial la guerra europea de 1914, hicieron que Hispano-América perdiese el monopolio exclusivo de la inestabilidad política, del cual disfrutaba a costa de tantas revoluciones y revueltas. En el desconcierto general de la Humanidad, los hispano-americanos no fuimos ya una excepción dolorosa, sino uno de los tantos pueblos que no han sabido guardar fidelidad a la ley de su destino.

En el período de la postguerra, fecundo en rectificaciones históricas, un grupo de críticos extranjeros se dió a la tarea de explorar, con seriedad y buena fe, el campo de nuestra existencia política. A buscar explicaciones racionales y sistemáticas para nuestra crónica y desconcertante turbulencia. Norteamericanos como James Bryce, franceses

como Marius André, ingleses como Sir Cecil Jane, publicaron diversas obras en las que se estudia de una manera seria y cabal el proceso histórico y político de las naciones hispanoamericanas.

El presente artículo no pretende aumentar el acervo de la historia crítica de Hispano-América con una teoría nueva. Su finalidad es más modesta: la de presentar a los estudiosos españoles una visión esquemática de las luchas políticas hispanoamericanas tal como han sido interpretadas por la investigación contemporánea.

II

En el primer número del periódico *Patria*, publicado en Nueva York el 14 de marzo de 1892, un gran hispanoamericano, José Martí, exponía los fundamentos del programa político para la liberación de Cuba. En ese programa están incrustadas las frases siguientes, que son, a mi juicio, una de las apreciaciones más dignas y elocuentes del sacrificio personal: «La guerra es, allá en el fondo de los corazones, allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable del sacrificio humano. Unos hombres piensan en sí más que en sus semejantes, y aborrecen los procedimientos de justicia de que les pueden venir incomodidades o riesgos. Otros hombres aman a sus semejantes más que a sí propios, a sus hijos más que la misma vida, al bien seguro de la libertad más que el bien, siempre dudoso, de una tiranía incorregible, y se exponen a la muerte por dar vida a la patria» (3).

José Martí —para escribir esas frases— no hizo más que asomarse a las reconditeces de su espíritu. Mojar su pluma en las fuentes del viejo idealismo de la raza. Esta exaltación idealista no tendría, sin embargo, ninguna trascendencia en nuestra historia si fuese un caso aislado. Pero el caso de Martí no es más que un ejemplo tomado al azar. Igual que Martí han pensado, sentido, luchado y sufrido casi

(3) José Martí, *Obras Completas*, Vol. IV, pág. 9. Madrid.

todos los grandes revolucionarios hispanoamericanos. No es necesario esforzarse mucho para comprender que hombres de esta talla moral están muy lejos de ser los «jefes de guerra desocupados y ambiciosos» descritos por tantos pseudo-historiadores.

Los pueblos hispanoamericanos, lo mismo que todos los pueblos del mundo, no se han lanzado a la calle, a enamorar a la muerte, empujados únicamente por intereses materiales. En ningún país de la tierra, por atrasado que sea, se pueden producir grandes cambios políticos si no entra en juego la fuerza combativa de un ideal. Toda revolución, todo movimiento popular de gran envergadura, tiene que llamar previamente a las puertas del sentimiento y de la inteligencia. Tiene que convencer y conmover para poder llegar luego a la acción y al triunfo.

El vigor hipertrofiado de la vida política en Hispano-América, la facilidad con que los hombres se sumergen en el sacrificio y en la muerte, la misma frecuencia de las revoluciones, todo ello es prueba evidéntísima de la adherencia integral del individuo al ideal de su causa.

Las luchas entre los grupos y partidos que se disputan el poder político en Hispano-América no tienen explicación posible si no se reconoce que son una contienda originada por ideales divergentes, un conflicto de naturaleza eminentemente espiritual, un perseguir metas distintas en la organización de las sociedades políticas.

¿Cuáles son esos principios diferentes y esos ideales antagónicos? Es de todos conocida la explicación rutinaria de los conflictos políticos de Hispano-América que proporcionan los manuales de Historia: el choque entre los ideales conservadores y los ideales liberales, influido por factores geo-políticos. Dos corrientes adversarias de principios que han enfrentado el conservatismo de las tierras altas, reconcentrado en la tradición y sumiso a la influencia religiosa, al liberalismo de la «tierra caliente», que se revuelve al son de la Marsellesa en una fiebre de libertad, igualdad y fraternidad...

El conflicto entre la libertad y la autoridad no puede

resumirse en Hispano-América en el mero conflicto de esos dos partidos históricos. Es falso que nuestros partidos liberales sean siempre en el Poder los mantenedores de la libertad. Es también falso que el conservatismo americano signifique en todo tiempo autocracia o despotismo.

Regímenes de libertad y regímenes de despotismo han sido instaurados indistintamente por ambos grupos políticos. Una simple hojeada a la historia de Hispano-América comprueba la verdad de esta afirmación. Citaré, por ejemplo, lo que pasó en mi pequeña patria, Nicaragua, a fines del siglo pasado. Tras el régimen conservador llamado de los Treinta Años (1863-1893), que se caracterizó por su gran respeto a la dignidad de la persona humana y a los fueros de la sociedad, tomó las riendas del Gobierno nicaragüense una revolución organizada por el partido liberal. Y entonces, el general José Santos Zelaya, campeón de esas ideas liberales, mantuvo al país por largos diecisiete años bajo el puño de la más franca y cruel tiranía... Del campo liberal proceden también muchos otros autócratas hispanoamericanos: Estrada Cabrera y Justo Rufino Barrios, de Guatemala; Gerardo Machado, de Cuba; Mosquera, de Colombia; Guzmán Blanco, de Venezuela; Porfirio Díaz, de México.

El choque de ideales divergentes, ese conflicto de naturaleza espiritual, no puede explicarse por la simple lucha de conservadores y liberales. Herederos del genio y del espíritu españoles, los hispanoamericanos seguimos siendo profundamente individualistas. Antigregarios por naturaleza, ninguna concepción positiva de la sociedad ha sido capaz de absorber o de moldear nuestro espíritu. Toda explicación posible de nuestras virtudes o de nuestros defectos tiene que fundamentarse en el estudio de las modalidades individuales. Es, pues, imprescindible para descifrar nuestra historia política hacer una introspección del hombre hispanoamericano en sus reacciones frente al problema político subjetivista que pretende encontrar la armonía entre la libertad y la autoridad.

Si se pudiese caracterizar a un ser humano por una sola

de sus cualidades, habría que decir que el hispanoamericano es un ser profunda e integralmente idealista. Su temperamento es una renovación fecunda del viejo idealismo de la raza hispana frente a la exuberancia fabulosa del paisaje americano. Es un Don Quijote que no cabalga por las pedradas llanuras manchegas, sino a través de la salvaje riqueza de las Pampas, de los valles de Chile o de las mesetas de México.

Debido a ese idealismo absorbente, que marca con sello inconfundible tanto su política como los demás órdenes de su vida, el hombre de Hispano-América será siempre un eterno insatisfecho. Su tragedia política es un trasunto de la tragedia universal del hombre, que el sociólogo Simmel ha caracterizado como «la relación entre el producto finito y la exigencia infinita».

En ese conflicto permanente entre los partidarios de la libertad y los de la autoridad, en el cual algunos han creído encontrar la síntesis de la vida política de la Humanidad, ciertos países han alcanzado una relativa estabilidad sacrificando uno de ambos extremos. Algunos han inmolidado la libertad en aras del orden. Otros, el orden en aras de la libertad. El hispanoamericano no se resigna a sacrificar una brizna de su libertad, que él considera la base de su felicidad; ni quiere tampoco renunciar al orden y a la autoridad, fundamentos de un gobierno eficiente.

Se ve claramente que ese conflicto sólo puede cesar cuando se descubra el modo de armonizar la libertad y la autoridad, asegurando de una manera simultánea tanto los derechos de los individuos como la estabilidad del Estado; o, mejor todavía, cuando, rebasado ese doble concepto subjetivista, se quiera sustituir las concepciones liberal y autoritaria por una concepción justa y funcional de la sociedad.

El idealismo político del hispanoamericano es, pues, un idealismo bi-polarizado. Una brújula con dos polos magnéticos: hacia un lado, un idealismo teórico, devoto de los principios de libertad y enmarcado en constituciones de un perfecto acabado político; hacia el otro lado, un idealismo pragmatista, devoto de los principios de orden y autoridad

y dirigido a obtener para la nación el gobierno mejor posible; es decir, el más eficiente, el que posea el máximo de competencia.

Comprendida esta posición particular del hispanoamericano frente a las ideas y los hechos políticos, la explicación de todo lo demás vendrá por añadidura. Dirigida la acción unas veces hacia el polo del idealismo teórico y otras hacia el del idealismo pragmatista, se comprende que no puede haber estabilidad ni fijeza en ninguna parte. No la hay en la nación, ni en las regiones, ni en los partidos políticos, ni en las familias. No la hay, casi, ni en los mismos individuos.

Nuestra historia política no es más que la resultante de esas dos fuerzas subjetivas divergentes. Se inclina la brújula hacia un polo y entonces parece que lo único importante es la afirmación de los derechos del individuo. Una presión de fuerzas la mueve hacia el otro polo y entonces lo único que importa es la estabilidad del Estado.

III

Los ideales políticos de un pueblo no surgen por generación espontánea ni son obra de circunstancias transitorias: son una forma vital, una rama del árbol de su cultura. La política es una de las manifestaciones de la actividad de la sociedad, y por ello, no es obra del acaso, sino que es un producto del temperamento colectivo, una resultante del conjunto de modalidades individuales.

Para estudiar el origen y desarrollo de los ideales políticos hispanoamericanos hay que remontarse, pues, a las fuentes de la cultura de Hispano-América. En esta trayectoria, el primer problema que habrá que solucionar es el siguiente: ¿Es la cultura de América aborigen, mestiza o hispana?

Está fuera del tema de este artículo el hacer un análisis minucioso de dicha cuestión. Diré solamente, con el argentino César E. Pico, que queda para el *indigenismo liberta-*

rio de algunos mestizos la imbécil jactancia de una cultura aborigen. La civilización europea dominó al indígena porque era sencillamente la civilización universal (4).

Aunque étnicamente sea Hispano-América una nación mestiza, el mestizaje étnico no corresponde al espiritual. No existe tampoco una cultura mestiza. Nuestra cultura, trasplantada de Europa, de España, es una proyección de la cultura occidental, de la cultura heleno-hispano-cristiana.

Esto no significa, desde luego, que considere a Hispano-América como una dependencia espiritual de la España contemporánea. Nuestra espiritualidad occidental tiene matices propios de América que le imprimen una fisonomía inconfundible y un valor propio. España y las Repúblicas hispanoamericanas son ahora naciones hermanas, hijas y herederas del gran Imperio hispánico de los siglos XVI y XVII. Ese Imperio es —material y espiritualmente— nuestra Madre Patria común. Somos, pues, en definitiva, hispanos en América. Y tenemos que buscar el origen de nuestros ideales políticos en la mentalidad de los hombres que forjaron nuestras patrias a la sombra de la Cruz y de la Espada; en la mentalidad de los conquistadores, misioneros y pobladores que pusieron la primera y la última piedra de nuestras nacionalidades.

El idealismo político hispanoamericano, manifestado en ese perenne conflicto entre la libertad y la autoridad, o, mejor dicho, entre el amor a la libertad y el amor a la eficiencia, tiene su raíz en nuestros antecesores españoles. El amor a la libertad personal y a la autonomía local es una característica instintiva de la raza. Ha sido una proyección del espíritu de Castilla sobre España y de ésta sobre los pueblos hispanoamericanos. Basta abrir los ojos frente al agreste paisaje castellano, duro y solemne como un inmenso cráneo, para entender el ingente localismo y el individualismo de sus habitantes, producto de siglos de lucha contra la tierra inhospitalaria.

Pero el español profesa también una admiración profun-

(4) *Hacia la Hispanidad*, REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 18, página 617. Madrid, 1944.

da por la grandeza y la perfección. Una adhesión totalitaria a la verdad. La verdad no se acepta en España fríamente, como en Francia y en los países anglosajones. La verdad se incorpora a la vida entera e incluso se la impone a los demás por la fuerza de la dialéctica o por la fuerza de las armas. De ahí las guerras de la Reconquista, las milicias de San Ignacio, la Inquisición, la Cruzada de América.

Esa búsqueda afanosa de la perfección, de la eficiencia, explica la admiración que un pueblo esencialmente individualista siente por sus grandes autócratas, los Carlos V y los Felipe II. Ellos fueron la expresión más genuina del rey que gobierna, el único rey que puede satisfacer esta tendencia pragmatista del idealismo español.

En última instancia, pues, la contradictoria y turbulenta vida política de las naciones hispanoamericanas tiene su raíz y fundamento en ese ardiente idealismo hispano que plantaron en tierras de América nuestros abuelos los conquistadores.

IV

El Imperio español en América duró más de tres siglos. Exceptuando los años anteriores a la Independencia y las guerras de Emancipación, cabe afirmar que América creció y llegó a la mayoría de edad en un período de completa paz. Hubo, es cierto, disturbios de poca monta en diversos lugares, pero ellos fueron producto de causas locales o de ambiciones personales. Nunca se hizo, hasta en los comienzos del siglo XIX, un serio intento de romper los lazos que unían a las provincias con la metrópoli.

Se ha acusado al Imperio español de haber mantenido en sus posesiones de América un régimen de gobierno tiránico y corrompido; de haber privado a los habitantes del Nuevo Mundo del más leve esbozo de libertad personal y de autonomía local; de haber entronizado una caterva de funcionarios avarientos y crueles, que llegaron a América con el único objeto de enriquecerse.

Si el régimen español fué de tal manera despótico e in-

eficaz, ¿cómo se explican esos trescientos años de paz, esa sumisión absoluta a la corrupción y a la tiranía?

El asombro crece enormemente cuando se lee en la Historia las circunstancias en que España mantuvo su Imperio. Desde los comienzos del siglo xvii el Imperio español comenzó a languidecer, debilitado por los desastres navales, militares y financieros. El Imperio no se mantuvo, pues, por la fuerza de las armas, sino porque las provincias de ultramar —a pesar de haber tenido numerosas oportunidades— no quisieron romper los lazos que las unían con la Madre Patria.

¿Cómo se explica esta paradoja? ¿Es que los habitantes de la América de entonces habían echado a un lado la tradición y el idealismo de la raza y habían olvidado su amor por la libertad personal y por la perfección y eficacia en el gobierno?

Rotundamente, no. El español de América, el hispanoamericano, siguió siendo durante esos tres siglos el mismo hombre idealista de siempre. La paz que disfrutaron las provincias americanas no fué la dura paz que imponen las tiranías. Fué la leyenda negra, echada a rodar por los enemigos de España, la que oscureció nuestra Historia, presentando una visión deformada de la política de los rectores del Imperio español en relación con las posesiones americanas.

Los conquistadores que cruzaron el Atlántico llevaron consigo un ardiente amor por la autonomía local, y al organizar los nuevos poblados no se olvidaron de la antigua vida municipal de Castilla. En los municipios americanos la vida política fué siempre robusta y activa. La independencia local, tan apreciada en España y por la que lucharon tenazmente los comuneros de Castilla, fué celosamente conservada en la América española.

En teoría, el sistema administrativo del Imperio fué la expresión más cabal de un despotismo paternal, y como tal, estaba en completo acuerdo con la creencia española de que la función primordial de un Gobierno es gobernar. En la práctica, ese inmenso fárrago de leyes y reglamentos fué

en muchos casos letra muerta. Y por ello, el sistema se acomodaba muy bien al temperamento español. Porque todo español desea firmemente que el Gobierno gobierne; pero quiere también que se haga una excepción en su caso particular.

La adhesión de las provincias al Gobierno central sólo puede explicarse por el hecho de que sus habitantes, a pesar de las incomodidades y de las privaciones que sufrían, estaban realmente satisfechos del orden existente. Cualesquiera que hayan sido sus defectos —escribe Sir Cecil Jane—, el sistema administrativo establecido en las posesiones americanas de España se acomodaba al temperamento de la raza hispana y a los nuevos pueblos que habían adquirido una visión española de la vida (5).

El Imperio español duró mientras pudo armonizar en sus súbditos el amor a la libertad individual con el amor a la perfección y a la eficiencia en el gobierno. Tan pronto como dicha tarea fué superior a sus fuerzas, el Imperio se desmoronó con estrépito.

V

A principios del siglo XIX, el mar político de la América española comienza a encrespase y a embravecerse. La guerra de emancipación fué la primera de nuestras guerras civiles. Ella marcó el comienzo de esa tempestad que ha ocasionado el naufragio de tantos Gobiernos hispanoamericanos y que todavía conserva su fuerza. La guerra hispanoamericana —dice Marius André— es guerra civil entre americanos que quieren, los unos, la continuación del régimen español; los otros, la independencia con Fernando VII o uno de sus parientes por rey, o bajo un régimen republicano (6).

Nuestra guerra de Independencia, para Sir Cecil Jane, es una protesta contra el abandono del antiguo sistema administrativo —español por naturaleza— y el intento de sus-

(5) *Liberty and despotism in Spanish America*, pág. 59. Oxford, 1929.

(6) *El fin del Imperio español en América*, pág. 113. Madrid, 1939.

tituirlo por un sistema nuevo, cuyo espíritu ya no satisfacía al temperamento de la raza. Carlos III fué para él uno de los principales responsables de la emancipación americana, porque «al tratar de organizar sus dominios sobre base nueva destruyó en su sistema de gobierno los caracteres mismos que habían permitido que el régimen español durase tanto tiempo en el Nuevo Mundo» (7).

Durante la primera época del Imperio, bajo el cetro de los Habsburgos, los habitantes de las provincias americanas gozaron de libertad en la práctica, mientras teóricamente estaban subyugados al despotismo paternal del régimen. Bajo los Borbones, América conoció el reverso de la hoja: libertad en teoría y despotismo en la práctica.

La autonomía local, apreciada tanto como la libertad individual, sufrió grandes restricciones con los cambios administrativos que se llevaron a cabo. Por otra parte, aunque el gobierno de los Habsburgos no fué, ni con mucho, todo lo eficiente que el idealismo pragmatista de la raza podía exigir, por lo menos permitía forjarse la ilusión de que lo era. Los hispanoamericanos pudieron creer entonces que sus gobernantes gobernaban. Con los Borbones ya ni siquiera esta ilusión fué posible.

La guerra de emancipación se hizo, en realidad, en nombre del viejo idealismo de la raza. No fué, como se ha pretendido, una guerra de los pueblos esclavizados de América para sacudir el yugo de la tiranía. Ni fué tampoco hija de la Revolución Francesa, como lo han cacareado los liberales de todo el mundo. «La influencia de las ideas de la Revolución Francesa en América Latina es considerable, pero posterior a los tiempos heroicos y turbulentos de la emancipación» (8).

La revolución por la independencia americana fué en sus comienzos un movimiento más bien conservador. Un intento de restaurar el antiguo orden de vida, el único que satisfacía a aquel idealismo bipolarizado de la raza. La independencia fué la *ultima ratio* para lograr que las provincias

(7) Ob. cit., pág. 64.

(8) Marius André, ob. cit., pág. 100.

americanas retuviesen el carácter que les habían impreso los conquistadores. Puede decirse que fué un movimiento profundamente hispano, una reacción contra la anti-España, contra el afrancesamiento que había infectado a la Metrópoli. Se quiso la independencia no por la independencia misma, no como un fin en sí misma, sino como un medio para lograr un fin. Ese fin fué la realización de los ideales de la raza, ideales que estaban siendo traicionados por la dinastía borbónica.

La independencia de las provincias americanas debe haber sorprendido más a los habitantes de éstas que a los españoles de la Metrópoli. Los hispanoamericanos se encontraron de pronto en medio de la plaza pública, con la ingente tarea de reconstruir sobre nuevas bases toda su vida política. En esos momentos de incertidumbre, todo fué obra de la improvisación: se improvisaron flamantes Constituciones, copiadas a prisa de otros países; se improvisaron gobernantes; se improvisaron ejércitos. Se vivió una época de política circunstancial. Como en un inmenso laboratorio de alquimia política, se comenzó a hacer ensayos de toda especie; a buscar la piedra filosofal del gobierno, la fórmula mágica que respondiese a los ideales de la raza.

En resumen, la historia de nuestra vida política independiente es la historia trágica de la búsqueda de una solución que permita armonizar nuestro ingente amor a la libertad personal con nuestra admiración profunda por la perfección y el orden, entendidos a la antigua manera española.

¿Llegaremos algún día a alcanzar esa meta, a unificar bajo un sistema estable ese dualismo —generador de turbulencias— de nuestros ideales políticos?

Como hispanos y como católicos, sólo nos cabe afirmar que la respuesta está contenida en un sobre sellado, y que ese sobre lo tiene Dios.

RAFAEL PANIAGUA RIVAS.

CRONICAS

